Extracto sobre el nacimiento de Jesús

Autor: Desconocido.

Fecha probable de composición: Hacia el siglo IX.

Lugar de composición: Desconocido.

Lengua original: Latín, sobre materiales en lengua griega.

Fuentes: Manuscritos de los siglos XIII y XIV. En esta versión, *Codex Arundel 404* del British Museum.

Son muchos los relatos apócrifos que dependen de alguna manera del Protoevangelio de Santiago, *y que no añaden nada sobre lo que se conoce por la fuente primera. Uno de ellos, es este sobre la* Infancia del Salvador *que tiene algunas noticias y detalles nuevos. La obra se encuentra en dos recensiones, sensiblemente diferentes: el* Códice Arundel, *del Museo Británico (siglo XIV), y el* Herenford, *de Chapter (siglo XIII). El* Arundel *—de tenor pretendidamente arcaico— atribuye su composición al evangelista Mateo y presenta como Prólogo la carta de san Jerónimo a Cromacio y Heliodoro, que precede el* Evangelio del Pseudo Mateo. *El* Hereford, *de fecha posterior, da como autor a Santiago, como el* Protoevangelio de Santiago. *El descubrimiento de ambos manuscritos se debe a M. R. James, que los publicó el año 1927.*

La notable semejanza entre este apócrifo y el Pseudo Mateo *ha hecho surgir la disputa sobre su relación y eventual prioridad, cuestión aún no resuelta. El estilo dista mucho del ingenuo y simple de los evangelios apócrifos más antiguos. El autor recoge los datos ya conocidos, los amplía y los reelabora hasta darles un carácter elegante y distinguido. La presentación del nacimiento de Jesús ofrece detalles nuevos que, en opinión de M. R. James, dependían del antiquísimo* Evangelio de Pedro, *del siglo II. A este evangelio deben atribuirse, según algunos autores, ciertas expresiones de carácter doceta*[478], *como el hecho de que el recién nacido no tenía peso ninguno y de que el niño fuera una especie de condensación de la luz (c. 74).*

La variedad de elementos y de tratamiento de los materiales demuestra que el autor se ha servido de distintas fuentes, particularmente, del Protoevangelio de Santiago, *del* Evangelio del Pseudo Mateo *y del* Evangelio del Pseudo Tomás. *La redacción de la obra debe considerarse de una época bastante tardía, concretamente de la época carolingia (siglo IX). Pero siempre a base de datos anteriores al siglo VI. Llaman la atención ciertas contradicciones en el texto completo, como el conocimiento o ignorancia de José sobre la concepción virginal de Jesús (* Arundel, *c. 68 y 81) o repeticiones de acciones ya realizadas, como la entrada en Belén.*

El autor refleja la reacción de la piedad popular frente a la creencia en la divinidad del Jesús recién nacido. Todo lo material es ajeno a la trascendencia de un ser de naturaleza divina. Esta realidad impone un desarrollo de los hechos totalmente alejado de las costumbres humanas. Todo queda más allá de la capacidad y la comprensión de la mente humana.

Como el texto presenta abundantes repeticiones de temas ya conocidos, ofrecemos solamente los extractos más interesantes[479].

* * *

El nacimiento

62 José se adelantó para llegar a la ciudad. Dejó a María con su hijo Simeón, porque estaba encinta y caminaba más despacio. Entrado en Belén, su patria, se detuvo en el centro de la ciudad y dijo: «No hay cosa más justa que el que uno ame a su ciudad. Pues ella es el reposo de todo hombre, y cada uno descansa en su propia tribu. Yo te vuelvo a ver después de mucho tiempo, oh Belén, casa buena de David, rey y profeta de Dios».

63 Haciendo un recorrido, vio un establo solitario y se dijo: «Debo detenerme en este lugar, porque me parece albergue de peregrinos. Y aquí no tengo ni hospedaje ni posada donde podamos descansar». E inspeccionándolo, dijo: «La habitación es pequeña, pero idónea para unos pobres, especialmente porque está apartada del griterío de la gente, como para no poder molestar a una mujer en trance de parto. Por lo tanto, es necesario que descanse en este lugar con todos los míos».

64 En diciendo esto, salió fuera y miró hacia el camino. Y he aquí que ya se iba acercando María en compañía de Simeón. Una vez que llegaron, dijo José: «Hijo mío Simeón, ¿por qué has llegado tarde?». El joven respondió: «Si yo no hubiera estado, padre y señor mío, María habría tardado más, porque estando embarazada, se detenía con frecuencia en el camino para descansar. Porque yo tuve siempre cuidado durante la marcha de que no la sorprendiera el parto. Doy gracias al Altísimo porque le ha dado resignación. Pues por lo que sospecho y por lo que ella misma dice, su parto está próximo». Dicho esto, hizo detenerse el jumento, y bajó María del animal.

65 Dijo entonces José a María: «Hijita mía, has sufrido muchas molestias por mi causa. Entra, pues, y ocúpate de ti. Y tú, Simeón, trae agua y lava sus pies, dale comida, y si tiene necesidad de alguna otra cosa, haz lo que su alma desea». Simeón hizo lo que su padre le había mandado y la condujo a la gruta, que con la entrada de María comenzó a tener luz solar, y se iluminó como si fuera mediodía.

66 Ella no cesaba en absoluto, sino que continuamente daba gracias en su interior. Pero Simeón dijo a su padre: «Padre, ¿qué pensamos que le pasa a esta doncella, porque a todas horas está hablando dentro de sí?». José le contestó: «No puede hablar contigo, porque está cansada del camino. Por eso habla consigo misma, pero está dando gracias». Y acercándose a ella, le dijo: «Levántate, señora e hija, sube a tu lecho y descansa».

67 Dicho esto, salió fuera. Poco después fue tras él Simeón y le dijo: «Date prisa, señor y padre mío, ven rápidamente, que María te reclama, pues te necesita con urgencia. Pienso que su parto está ya cerca». José le dijo: «Yo no me apartaré de su lado. Pero tú, como joven que eres, ve rápidamente a la ciudad, busca una comadrona para que venga donde está María, porque una comadrona es de gran ayuda para una mujer que está de parto». Respondió Simeón: «Yo soy un desconocido en esta ciudad, ¿cómo voy a poder encontrar una comadrona? Pero escúchame, padre y señor mío, sé y estoy seguro de que el Señor se cuida de ella; él le procurará una comadrona, una nodriza y todo lo que necesite».

Llegada de la comadrona

68 Mientras esto decía, he aquí que llega una joven con una silla con la que se acostumbraba a auxiliar a las mujeres en el parto, y se detuvo allí. Cuando la vieron, quedaron admirados, y José le dijo: «Hijita, ¿adónde vas con esta silla?». La joven respondió: «Mi maestra me ha enviado a este lugar, porque ha venido a ella un joven con mucha prisa diciéndole: "Ven con rapidez para atender a un nuevo parto, pues una joven está de parto por vez primera". Al oírlo mi maestra, me ha enviado a mí por delante. Ella viene detrás de mí».

Miró José hacia atrás, la vio venir y salió a su encuentro. Ambos se saludaron mutuamente. La comadrona le dijo: «Hombre, ¿adónde vas?». Él respondió: «A buscar a una comadrona hebrea». La mujer le preguntó: «¿Eres tú de Israel?». José respondió: «Sí, yo soy de Israel». La mujer le dice: «¿Quién es la joven que está de parto en esta cueva?». José respondió: «María, desposada conmigo, la que fue educada en el templo del Señor». La comadrona le preguntó: «¿No es ella tu esposa?». José contestó: «Está desposada conmigo, pero ha concebido por obra del Espíritu Santo». La comadrona le pregunta: «¿Es verdad lo que dices?». José le dice: «Ven y compruébalo».

69 Y entraron en la cueva. José le dijo: «Pasa a visitar a María». Cuando la comadrona iba a entrar en el interior de la cueva, tuvo miedo porque dentro resplandecía una luz grande, que no disminuyó ni de día ni de noche mientras María permaneció dentro. Dijo, pues, José a María: «Mira, te he traído a Zaquel, la comadrona, que está ahí fuera delante de la cueva y no se atreve a entrar por el excesivo resplandor, pues es incapaz de soportarlo». Al oírlo María, se sonrió. José le dijo: «No te sonrías, sino sé prudente, pues ha venido para ver si por casualidad necesitas alguna medicina». La ordenó pasar, y ella se detuvo ante María. Después de que María permitió ser examinada por espacio de unas horas, exclamó a grandes voces la comadrona diciendo: «Señor, Dios grande, ten misericordia, porque nunca se ha oído ni se ha visto hasta ahora cosa semejante, pero ni siquiera se ha podido sospechar que unos pechos estén llenos de leche y que el varón recién nacido señale a su madre como virgen. Ninguna mancha de sangre ha habido en el que nace, ningún dolor ha aparecido en la que da a luz. Virgen ha concebido, virgen ha dado a luz y después del parto continúa siendo virgen».

70 Como tardaba la comadrona, entró José en la cueva. Vino a su encuentro la comadrona, salieron fuera los dos y hallaron a Simeón de pie, quien le preguntó: «Señora, ¿qué hay de la doncella? ¿Puede tener alguna esperanza de vida?». La comadrona le preguntó: «¿Qué dices, hombre? Toma asiento y te contaré una cosa admirable». Y levantando los ojos al cielo, dijo la comadrona con voz clara: «Padre todopoderoso, ¿por qué razón he visto un milagro tan grande, por el que estoy estupefacta? ¿Cuáles son las obras que he realizado, por las que he sido digna de contemplar tus santos misterios, de manera que dispusieras el que tu sierva viniera en esta hora hasta aquí para ver las maravillas de tus bienes? Señor, ¿qué voy a hacer? ¿Cómo puedo contar lo que he visto?».

Simeón le dice: «Te ruego que me expliques lo que has visto». La comadrona le dice:

«No se te ocultará este asunto, porque comprende muchos bienes. Atiende, pues, a mis palabras y guárdalas en tu corazón.

71 » Cuando entré a examinar a la doncella, la encontré con el rostro vuelto hacia arriba, mirando al cielo y hablando consigo misma. Yo sospecho que oraba y bendecía al Altísimo. Me acerqué a ella y le dije: "Dime, hija mía, ¿no sientes alguna molestia o alguna parte de tus miembros está dolorida?". Pero ella, como si nada oyera, permanecía inmóvil como una piedra firme mirando al cielo.

72 » En aquella hora se detuvieron todas las cosas en medio del mayor silencio y con temor. Pues hasta los vientos cesaron y dejaron de soplar, ni una sola hoja de los árboles se movió, ni se oyó el rumor de las aguas, ni se movieron los ríos, cesaron las olas del mar, callaron todos los manantiales de las aguas y no se oyó la voz de los hombres, sino que había un gran silencio. Hasta el mismo polo cesó desde aquella hora su precipitada carrera. Las medidas de las horas habían pasado prácticamente. Todas las cosas habían quedado estupefactas y sumidas en un gran silencio. Nosotros aguardábamos la llegada de Dios Altísimo, el final de los siglos.

73 » Cuando se acercó la hora, apareció abiertamente el poder de Dios. La doncella estaba mirando fijamente al cielo convertida en viña, pues ya estaba para cumplirse el término de los bienes. Y en cuanto apareció la luz, adoró al que vio que había alumbrado. El niño despedía resplandores a la manera del sol. Estaba totalmente limpio, y era agradabilísimo de ver, pues solo él apareció como la paz que apacigua el mundo entero. En la misma hora en que nació, se oyó la voz de muchos seres invisibles que decían a la vez: "Amén". La luz que había nacido se multiplicó, y con la claridad de su resplandor oscureció la luz del sol. Aquella cueva quedó repleta de una luz clara y de un perfume suavísimo. Ahora bien, esta luz nació lo mismo que el rocío que desciende del cielo a la tierra. Pues su perfume supera el de todos los ungüentos.

74 » Yo quedé estupefacta y llena de admiración; y el temor se apoderó de mí. Pues tenía la mirada fija en el gran resplandor de la luz que había nacido. Pero aquella luz fue poco a poco condensándose en sí misma y tomó la forma de un niño. Y enseguida se hizo un niño como suelen ser los niños al nacer. Cobré valor, me incliné, lo toqué y lo levanté en mis manos con gran temor. Me quedé aterrada porque no tenía el peso propio de un recién nacido. Lo examiné y comprobé que no había en él la más mínima mancha, sino que estaba totalmente limpio en su cuerpo como ocurre con el rocío del Dios Altísimo. Era ligero de llevar y espléndido de ver. Mientras estaba grandemente admirada porque no lloraba como suelen llorar los recién nacidos, y mientras lo tenía en brazos con la mirada fija en su rostro, me dedicó una gratísima sonrisa. Abrió los ojos y los fijó en mí delicadamente. Al momento salió de sus ojos una gran luz como un gran relámpago».

75 Al oír estas cosas, respondió Simeón: «Dichosa mujer, que fuiste digna de contemplar y anunciar esta nueva y santa visión, y dichoso yo que he oído estas cosas; y aunque no las he visto, las he creído». Le dice la comadrona: «Tengo que

contarte todavía una cosa maravillosa que te va a llenar de estupor». Respondió Simeón: «Cuéntamela, Señora, porque me alegro al oír estas cosas». La comadrona le dice: «En el momento en que tomé al niño en mis manos, vi que tenía limpio su cuerpo, y que no estaba manchado con las impurezas con que nacen los hombres. Pensé en mi interior que podrían haber quedado otros fetos en la matriz de la doncella. Pues es algo que suele suceder a las mujeres en el parto, por lo que corren peligro y caen en la depresión. Llamé enseguida a José y puse al niño en sus manos. Me acerqué a la doncella, la examiné y comprobé que estaba limpia de toda mancha de sangre. ¿Cómo lo voy a contar? ¿Qué puedo decir? No acierto a explicarlo. No sé cómo voy a poder describir tan grande resplandor del Dios vivo. Pero tú, Señor, me eres testigo de que he tocado con mis manos a esta doncella, y he comprobado que la que ha dado a luz es virgen no solamente después del parto, sino también[480] […] del sexo masculino. En aquella misma hora clamé a grandes voces, glorifiqué a Dios, caí sobre mi rostro y lo adoré. Luego, salí fuera. José envolvió al niño en pañales y lo colocó en un pesebre».

76 Simeón le dijo: «¿Te ha dado algún salario?». La comadrona respondió: «Soy yo más bien la que debo dar un precio, gracias y oraciones. He prometido ofrecer a Dios un sacrificio inmaculado, porque se ha dignado hacerme inspectora y conocedora de este misterio. Porque yo misma hago una ofrenda personal por los dones que se ofrecen en el templo del Señor».

Dicho esto, dijo a su discípula: «Hijita, toma la silla y vayámonos. Pues hoy he visto en mi ancianidad a una parturienta sin dolores, y a una virgen dar a luz, si es que esto puede llamarse parto. Pues tengo la sospecha en mi alma de que ella se ha entregado a la voluntad del Dios que permanece por los siglos». Y diciendo esto, se marchó con ella.

Historia de los magos

89 Al ver a los magos, José dijo: «Fíjate en estos que se acercan hasta nosotros. Me parece que se llegan después de un largo viaje. Me levantaré y saldré a su encuentro». Se adelantó y dijo a Simeón: «Me parece que estos que vienen son adivinos. Pues mira cómo no descansan ni un momento, sino que observan y discuten entre ellos. Me parece incluso que son peregrinos, pues su modo de vestir es distinto del nuestro. Más aún, su vestimenta es muy ancha y de color oscuro. Finalmente, llevan unos birretes en sus cabezas y calzan unos amplios pantalones como sin terminar[481]. Mira, se han detenido y se dirigen a mí; y de nuevo vienen hacia acá». Una vez que llegaron a la cueva, les dijo José: «Decidme, ¿quiénes sois vosotros?». Mas ellos querían entrar con osadía, pues estaban dispuestos a entrar. José les dijo: «Por vuestra salud, decidme quiénes sois, que así os dirigís a mi morada». Ellos contestaron: «Porque nuestro guía ha entrado aquí delante de nosotros. ¿Por qué razón nos preguntas a nosotros? Aquí nos ha enviado él». José replicó: «Os ruego que me digáis por qué motivo habéis venido hasta aquí». Ellos dijeron: «Te aseguramos que la salvación es común para todos.

90 » Hemos visto en el cielo la estrella del rey de los judíos y venimos a adorarlo. Porque está escrito en los libros antiguos sobre la señal de esta estrella, que cuando

aparezca nacerá el rey eterno que dará a los justos una vida inmortal». José les dice: «Era justo que investigarais primero en Jerusalén, pues allí está el santuario del Señor». Le respondieron: «Estuvimos en Jerusalén y avisamos al rey de que Cristo ha nacido y que venimos en su busca. Pero él nos dijo: “Yo ignoro dónde ha nacido”. A continuación envió aviso a todos los investigadores de las Escrituras, a todos los magos, a los príncipes de los sacerdotes y a los doctores, los cuales vinieron a él. Les preguntó dónde había de nacer el Cristo. Ellos le contestaron: “En Belén. Pues así está escrito: Tú, Belén, tierra de Judá, no eres la menor entre las principales ciudades de Judá. Pues de ti saldrá el caudillo que regirá a mi pueblo Israel”. En cuando nos llegó la noticia, la aceptamos y venimos a adorarlo. Pues esta estrella, que apareció, se puso delante de nosotros desde el momento en que salimos de viaje. Cuando Herodes oyó estos detalles, tuvo miedo y nos preguntó a escondidas sobre el tiempo en que apareció la estrella. Cuando ya nos íbamos, nos dijo: “Informaos diligentemente y, cuando lo encontréis, anunciádmelo para que yo vaya también a adorarlo”.

91 » El mismo Herodes nos entregó la diadema que usaba para su cabeza y que tiene una mitra blanca. Nos dio también el anillo real, que tenía una joya, sello incomparable que el rey de los persas le había enviado como regalo, y nos ordenó que se lo entregáramos al niño. El mismo Herodes prometió que le ofrecería un don cuando regresáramos a él. Tomados los regalos, nos marchamos de Jerusalén. Mas he aquí que la estrella, que se nos había aparecido, se puso delante de nosotros desde que partimos de Jerusalén hasta que llegamos a este lugar. Y entró en la gruta en la que tú estás y en la que no permites que nosotros entremos». José les dice: «Yo ya no me opongo; seguidla, porque Dios es vuestro guía, y no solo vuestro, sino de todos aquellos a quienes ha querido manifestar su gloria». Al oír esto los magos, entraron y saludaron a María, diciendo: «Dios te salve, llena de gracia». Se acercaron al pesebre, lo examinaron y vieron al niño.

92 Pero José dijo a Simeón: «Fíjate y mira lo que hacen dentro estos peregrinos, pues no me parece bien que yo los vigile». Así lo hizo. Y dijo a su padre: «Al entrar, han saludado al niño y se han postrado rostro en tierra. Luego, de acuerdo con la costumbre de los bárbaros, lo adoran y besan uno a uno los pies del infante. ¿Qué es lo que ahora hacen? Lo ignoro». José le dice: «Mira con atención». Respondió Simeón: «Ahora abren sus tesoros y le ofrecen regalos». Le dice José: «¿Qué es lo que le ofrecen?». Respondió Simeón: «Sospecho que le ofrecen los dones que ha enviado el rey Herodes. Pues de sus cofres le han ofrecido oro, incienso y mirra; y han dado a María otros muchos dones». José le dijo: «Han hecho muy bien estos hombres al no besar gratis al niño; no como aquellos nuestros pastores que llegaron hasta aquí sin regalos». Y de nuevo añadió: «Observa con mayor atención y mira lo que hacen». Observando Simeón, dice: «Otra vez han adorado al niño y ya salen hacia acá».

93 Salieron, pues, aquellos y dijeron a José: «¡Oh varón dichosísimo! Ahora vas a saber quién es este niño que estás criando». José les dice: «Sospecho que es hijo mío». Le dicen ellos: «Su nombre es más grande que el tuyo. Pero quizás el que seas digno de

llamarte padre suyo se debe a que lo sirves no como a tu hijo, sino como a tu Dios y Señor; y aunque lo tocas con tus manos, lo tratas con gran temor y diligencia. No nos consideres, pues, como a unos ignorantes. Aprende de nosotros que aquel, para quien has sido designado nutricio, es el Dios de los dioses, el Señor de los que dominan, el Dios y Rey de todos los príncipes y las potestades, el Dios de los ángeles y de los justos. Él es quien salvará a todas las gentes en su nombre, pues de él es la majestad y el imperio; él quebrará el aguijón de la muerte y disipará los poderes del infierno. A él servirán los reyes y adorarán todas las tribus de la tierra; a él confesará toda lengua diciendo: “Tú eres Cristo Jesús, libertador y salvador nuestro, pues tú eres Dios, poder y claridad del eterno Padre”».

94 José les dijo: «¿De dónde habéis aprendido lo que me habéis dicho?». Le contestaron los magos: «Vosotros tenéis las antiguas escrituras de los profetas de Dios, en las que está escrito cómo ha de suceder la venida de Cristo a este mundo. También nosotros poseemos copias más antiguas de escrituras en las que se habla de él. Y de lo demás que nos has preguntado sobre el origen de donde hemos podido conocer estas cosas, oye esto que te decimos: Lo aprendimos por la señal de la estrella. Pues se nos apareció con un brillo superior al del sol, brillo del que nunca pudo dar nadie razón. Esta estrella que apareció indica que una estirpe divina reinará con el resplandor del día. No giraba en el centro del cielo, como suelen hacer las estrellas fijas y los planetas, que aunque observan un curso fijo de su tiempo, permanecen inmóviles; y como en órbitas siempre inciertas se llaman errantes, mientras que esta estrella sola se mantenía sin movimiento[482]. Pues nos parecía que todo el polo, es decir, el cielo, no podía abarcarla en toda su magnitud; y ni el sol pudo oscurecerla con la claridad de su luz como a las demás estrellas. Más aún, el mismo sol se ha debilitado cuando ha llegado el resplandor de esta estrella. Pues esta estrella es la palabra de Dios. Y cuantas son las estrellas, tantas son las palabras de Dios. Pero la palabra de Dios es Dios inenarrable. Y como esta estrella es inenarrable, también fue nuestra compañera de camino en el viaje que hicimos para venir hasta Cristo».

95 Así pues, José les dijo: «Con todas estas cosas que habéis hablado me habéis causado un gran deleite. Os ruego, pues, que os dignéis permanecer conmigo el día de hoy». Ellos le dijeron: «Permítenos, por favor, que sigamos nuestro camino. Pues el rey nos ordenó que volviéramos cuanto antes hasta él». Pero él los retuvo.

96 Ellos abrieron sus tesoros e hicieron a María y a José ingentes regalos.